

La masonería española y el conflicto colonial filipino

PERE SÁNCHEZ FERRÉ

El problema colonial filipino, así como el papel que la masonería jugó en él, fue de carácter marcadamente distinto al existente en Cuba. En primer lugar, porque hasta 1875 o incluso después la Orden no se implantó con cierta solidez en el Archipiélago. El otro factor determinante fue que, tradicionalmente, la colonia asiática había sido un feudo de las órdenes religiosas, en cuyas manos estaba una parte importante de la vida filipina¹.

La masonería a que aludimos era peculiar, en el sentido que, siguiendo la práctica fomentada por las órdenes religiosas y también por la Administración española de segregación del indígena, éstos tampoco eran admitidos en las logias, de manera que la convertía en una entidad de españoles y para españoles.

No fue hasta 1884 que los talleres empezaron a admitir filipinos, aunque de manera muy restringida, por lo que muchos de ellos ingresaron en la Orden en Londres, París, etc.² De hecho, será el Gran Oriente Español, dirigido por M. Morayta, quien abra las puertas a los filipinos a partir de 1888-89, gozando, hasta 1896, de una considerable presencia en la sociedad colonial. Según el masón y periodista Nicolás Díaz y Pérez, en 1896 había en Filipinas 37 centros masónicos (34 logias y triángulos, 5 Capítulos y 1 Areópago)³.

Es evidente que en ningún caso podía compararse ese auge con la gran implantación de que gozaba la masonería en Cuba; no obstante, en el período de años indicados experimentó una gran actividad, tanto en la Metrópoli como en la colonia, que tuvo su centro indiscutible en el Gran Oriente Español y su Gran Maestro. Son los años de la creación de las logias *Revolución*, en Barcelona, *Solidaridad*, de Madrid, del semanario del mismo nombre y la Asociación de Hermandad Hispano Filipina.

1. Por Real Cédula del 19 de enero de 1812, el Consejo de Regencia prohibía la masonería en Filipinas. Vid. *Latomía*, III, Madrid, 1933, p. 124.

2. *Ibidem*, p. 126.

3. DÍAZ y PÉREZ, N., La francmasonería en Filipinas, *El Noticiero Universal*, Barcelona, 2 de setiembre de 1896. La masonería se implantó de forma importante a partir del Sexenio. En 1875 el Gran Oriente de España fundaba en Manila una Gran Logia Departamental. Había entonces 4 logias en la capital, una en Ili-Ilo, otra en Cebú, dos en Cavite y una última en Zamboanga.

LA COLONIA FILIPINA DE BARCELONA

Como antes habían hecho los cubanos, los filipinos emigrados o deportados que residieron en Barcelona crearon, en 1889, la Logia *Revolución*. Aunque menos numerosa que la cubana, no era por eso menor su actividad, siendo Marcelo H. del Pilar y Graciano López Jaena dos de sus piezas claves. Juntos habían creado en Manila, a finales de 1888, un llamado Comité de Propaganda, integrado también por D. Cortés, A. Rianzares, P. Serrano y D. Arellano, siendo del Pilar su Presidente. A esta organización, vinculada a la Liga Filipina, se incorporaron hombres como J. Bonifacio (quien sería posteriormente líder del Katipunan), así como José Rizal.

Ese mismo año del Pilar emigró a la Península, ante el peligro de ser inmediatamente deportado, junto con López Jaena, con quien organizó en Barcelona una delegación del Comité de Propaganda.

Simultáneamente, en Madrid se constituirá la Asociación Hispano Filipina, con Morayta de Presidente⁴, similar a la Asociación Mutua de Filipinos de Barcelona. El órgano de expresión de esas entidades fue el semanario «*La Solidaridad*», que se fundó en Barcelona, editándose en la capital catalana y posteriormente en Madrid.

Pasaremos seguidamente a analizar el estrecho tejido de relaciones que, entre 1888 y 1896, se estableció entre el Gran Oriente Español, la Liga Filipina, la Asociación Hispano Filipina y los núcleos independentistas.

Como creo haber demostrado en el ejemplo cubano, ni Morayta ni la obediencia que dirigía eran partidarios de la independencia de las últimas colonias españolas de ultramar⁵, aunque singularizaran el caso filipino, pues para la masonería la distinción entre una y otra colonia venía dada por la diferente implantación de la Iglesia, además de otros factores de segundo orden.

Si bien en las Antillas el clero era básicamente secular y, por otro lado no gozaba de excesiva implantación en la sociedad cubana, no era ese el caso de Filipinas, pues desde su colonización y en especial durante la Restauración, las órdenes religiosas ostentaron niveles de poder nada propios de un Estado moderno secularizado. Los frailes fiscalizaban la vida colonial, habían amasado un patrimonio importante y, como es natural, monopolizaban la educación, desde la básica hasta la Universidad de Manila.

Esa preeminencia de la Iglesia fue –como era de esperar– el eje de la intervención masónica en el Archipiélago. Es evidente que en esa lucha

4. Esa entidad tenía la misma sede que el Gran Oriente Español. Fue legalizada el 12 de julio de 1888. Vid. *Boletín Oficial del GOE*, VIII, n.º 114, Madrid, 20 de setiembre de 1896, pág. 202.

5. Vid. SÁNCHEZ FERRÉ, P., La masonería catalana i el conflicte colonial cubà, «*L'Avenç*», n.º 76, Barcelona, novembre de 1984, pp. 62-69.

contra los frailes confluían otros elementos, como la campaña para conseguir representación parlamentaria o la aplicación de las leyes que regían en la Metrópoli, en especial las que hacían referencia a la libertad de prensa y asociación. Jamás defendieron ideas independentistas, sino que intentaron conseguir, por lo menos hasta 1896, la asimilación a España con todas sus consecuencias. Aspiraban, en definitiva, a europeizarse⁶ y convertir a la «atrasada e ignorante» Filipinas en un país moderno, secularizado y libre, pero *dentro* de España, como veremos más adelante.

Siguiendo esos principios, «*La Solidaridad*» atacaba, en febrero de 1889, al diario «*Lo Catalanista*» de Sabadell, por manifestarse contrario a la circular del Ministerio de Ultramar recomendando la enseñanza del castellano en Filipinas, porque opinaba que en realidad lo que pretendía Madrid era «extirpar els sentiments indígenes dels filipins», a lo cual contestaba «*La Solidaridad*»: «El regionalismo no tiene razón de ser en estos días, porque representa el estancamiento, el aislamiento de los idiomas y por consiguiente, de las ideas»⁷; era exactamente la misma posición que defendía el Gran Oriente Español en relación al particularismo catalán.

Es evidente, pues, la coherencia interna de ambos: ni Cuba ni Filipinas debían ser independientes. Lo necesario era, en todo caso, luchar en todos los frentes para la transformación del Estado Español en sentido democrático y laico e incluir a las colonias («provincias de Ultramar») en ese proyecto; por tanto, ni autonomía para las antiguas nacionalidades ibéricas ni independencia para las colonias.

En cuanto a la Iglesia, ésta tuvo especial interés en presentar al clero regular como la piedra angular del dominio y control español en Filipinas, de manera que el hecho de atacar a las Ordenes religiosas llegó a convertirse –siempre según el tendencioso análisis clerical– en materia atentatoria a la seguridad del Estado y antimonaquismo en sinónimo de antiespañolismo, y por tanto, de «traición a la Patria».

Ahora bien, debemos señalar igualmente que entre los sectores asimilistas masónicos se confundieron no pocos individuos que defendían la independencia para la colonia y algunos de los masones afiliados en las logias filipinas mantenían relaciones estrechas con el Katipunan, lo cual fue utilizado por los exaltados enemigos de la Orden para colocar en el mismo saco a republicanos, masones, asimilistas y katipuneros.

6. Un cierto sentimiento de inferioridad afectó a los filipinos trasplantados a Europa. Así, no desaprovechaban ocasión para publicar en «*La Solidaridad*» la licenciatura de alguno de ellos o algún otro «mérito» similar. Véase, por ejemplo, la nota que ese quincenario insertó en su n.º 12 (31-VI-1889, pág. 129), en la que se dice que «la frente del filipino puede levantarse erguida», pues le había sido concedido a R. H. Pardo de Tavera un premio en la Exposición Internacional de París.

7. «*La Solidaridad*», I, n.º 2, Barcelona, 28 de febrero de 1889, p. 11.

LA LOGIA REVOLUCION DE BARCELONA

Cuando a finales de 1888 Marcelo H. del Pilar llegó a Barcelona procedente de Manila, tenía objetivos muy claros; aún no habían pasado seis meses cuando fundaba, en compañía de López Jaena y Mariano Ponce, la revista «*La Solidaridad*», subtitulada Quincenario Democrático, órgano de la Sociedad Mutua de Filipinos de Barcelona, cuyo primer número apareció el 15 de febrero de 1889⁸.

El 2 de abril del mismo año, junto con Celso Mir Deas (hermano del Colaborador de «*La Veu de Catalunya*»), Justo Argudín, J. M.^a Panganiban y G. López Jaena, iniciaron los trámites cerca del Gran Oriente Español con el fin de fundar una logia en Barcelona. No obstante, antes de recibir la Carta Constitutiva de Madrid, la *Revolución* ya estaba en actividad, siendo su Ven. Maestro López Jaena, simbólico «*Bolívar*».⁹

Los miembros de ese taller pronto ascendieron en el escalafón masónico: en julio del Pilar era exaltado al grado 9.º y Argudín, Mir y Panganiban, al 18.º. El 27 del mes anterior se había solicitado aumento de salario para G. López Jaena (del 18.º al 30.º). Al poco tiempo Mariano Ponce (simbólico «*Lipulako*») y Aristón Bautista eran exaltados al grado 9.º¹⁰.

Además, el Gran Oriente Español decretó por esas fechas un aumento general de grados para todos los miembros de la *Revolución*, quedando el cuadro como sigue:

G. López Jaena, grado 32.º	J. Argudín, grado 30.º
G. Apacible, grado 30.º	J. M. ^a Panganiban, grado 30.º
E. le Demnat, grado 18.º	S. Icasiano, grado 18.º
D. Ponce, grado 18.º	R. Ymperial, grado 18.º
N. Elduque, grado 9.º	A. Blanco, grado 9.º
D. Marcelo Cortés, grado 9.º	P. Bohenblust, grado 9.º
J. Duany, grado 9.º ¹¹	M.H. del Pilar, grado 9.º

El 12 de noviembre, J. Duany y S. Icasiano eran propuestos para el grado 18.º y los que siguen a continuación, para el 14.º: M. Torres, J. Bano, F. Ullé, E. Hurtado, D. Marcelo Cortés, P. Bohenblust, N. Elduque y A. Blanco¹².

Ante este panorama de promociones aceleradas —por otro lado nada reglamentario—, podemos suponer que tales velocidades en las exaltaciones respondían a criterios que nada o muy poco tenían que ver con la

8. La revista tenía como divisa «Reformas para Filipinas», al igual que las asociaciones de filipinos de Barcelona y Madrid. A partir del n.º 19 (15-XI-1889) se publicó en Madrid.

9. A. H. N. Salamanca, Sec. *Masonería*, Leg. 620 A, exp. 14.

10. *Ibidem*.

11. *Ibidem*.

12. *Ibidem*.

masonería... Anotemos al respecto que el propio Morayta seguía y potenciaba con especial interés los trabajos de esta logia, tanto desde Madrid como a través de los diferentes viajes que hizo a Barcelona¹³.

Entre las muchas acciones que llevó a término *La Revolución*, ha de destacarse una de especial importancia. A raíz de las activas gestiones de la logia con López Jaena a la cabeza, esta entidad consiguió algo que no era usual en la masonería del país, dividida en diferentes ramas y normalmente ocupada en continuas disputas familiares: unió prácticamente todas las logias barcelonesas en una acción común. Se trataba de elevar una exposición dirigida a Sagasta, simbólico *Paz*, grado 33.º (Presidente del Gobierno) y a M. Becerra, simbólico *Fortaleza*, grado 33.º (Ministro de Ultramar), dándole el máximo de publicidad posible, con el objeto de que la opinión pública conociese el estado de absoluta discriminación en que se encontraba el pueblo filipino.

La exposición, fechada el 5 de julio de 1889, fue suscrita por las siguientes logias, además de la *Revolución: Patria*, n.º 216, *Puritanos*, n.º 31, *Libertad del Porvenir*, *Razón*, *Integridad*, n.º 240, *Concordia*, n.º 84 (con la revista «*La Concordia*»), *Integridad*, n.º 1, *Hijos del Trabajo*, n.º 83, *Humanidad*, n.º 70, *Creación*, n.º 3, *Avant*, n.º 149, *Lealtad*, n.º 16, Cámara de Damas, la Gran Deleg. Comendatorial y Maestral del Gran Oriente de España en Cataluña y otras no especificadas¹⁴.

El texto del documento decía, entre otras cosas:

(...) A la vista está la ineficacia de la campaña monacal en la península, Cuba, Puerto-Rico y otros países dotados de tribuna parlamentaria, prensa y asociaciones libres; pero otra cosa ocurre en los Vall. de Filipinas, con notorio desprestigio de los propagadores de la luz».

«Aquella región esencialmente española; aquella población de ocho millones de habitantes que no tiene un solo diputado en el parlamento español, aquel país que carece de prensa y cuya instrucción primaria y superior se halla a disposición del monaquismo, en ese país, Il. y Pod. h., la seguridad individual está en manos del que nos teme y odia, de las órdenes religiosas»¹⁵.

Por su parte, la Asociación Hispano Filipina de Madrid, su homóloga de Barcelona y *La Solidaridad* dirigían al Ministro de Ultramar el 25 de abril del mismo año una demanda centrada en los siguientes puntos:

13. A raíz de su gran interés por la colonia asiática, en ciertos sectores se acusaba a Morayta de querer convertirse en líder de los filipinos y diputado por aquella colonia, motivo por el cual «hacia la vista gorda a las actividades de cierta camarilla (refiriéndose al núcleo filipino). Vid. «*La Concordia*», III, n.º 19-20, Barcelona, abril-mayo de 1890. p. 150.

14. *La Concordia*, II, n.º 12, julio de 1889, pág. 96. Seis de las logias firmantes eran del GOE; las otras formaban parte del G.O. de España, del G.O. Nacional y de la Catalano Balear. Prescindimos de especificar la numeración correspondiente a cada una de las logias citadas, así como las obediencias a que pertenecían debido a que en esas fechas la masonería hispana se vio sometida a una profunda reestructuración. Muchos de los talleres del Gran Oriente de España pasaron a ser auspiciados por el Gran Oriente Español, todo lo cual también afectó a la Catalano Balear.

15. *Ibidem*, págs. 95-96. Una nota al respecto fue incluida en el «Boletín Oficial del GOE», alabando los trabajos de *La Revolución* (julio de 1889).

«1.º La representación en las Cortes.

2.º Abolición de la censura previa.

3.º Prohibición expresa y terminante de la práctica, hoy observada, de deportar vecinos por pura medida gubernativa y sin sentencia ejecutoria y judicial».

Firmaban el documento, entre otros, M. Morayta, Emilio Junoy, Galicano Apacible, C. Mir Deas, M. Ponce, M. H. del Pilar, J. M.^a Jomapa y G. López Jaena; excepto los dos primeros, todos eran miembros de *La Revolución* ¹⁶.

Entre la prensa política, fue «*La Publicidad*», de Barcelona, la que mantuvo más estrechas relaciones con la colonia filipina, a causa de su anticlericalismo, su ideario republicano posibilista y también por vínculos personales entre Junoy (que dirigía el diario en ausencia de E. Corominas, su director) y los filipinos de Barcelona, Morayta y los grupos librepensadores más próximos a la masonería.

En enero de 1889, «*La Publicidad*» advertía al Ministro Becerra de lo inoportuno de nombrar al dominico Hervia Campomanes para obispo de Nueva Segovia, dada su impopularidad en la colonia, donde había provocado varios altercados e incluso había sido desterrado por las autoridades militares.

Después de sugerir varios nombres (Nozaleda, Font, Neter...), el diario recordaba que las sedes episcopales en Filipinas eran «de alta influencia política; conviene que el Sr. Becerra tenga en cuenta esta circunstancia...». Acaba el artículo declarando que no veían ningún mérito al padre Hervia para merecer la mitra de Iloilo, a no ser que el motivo fuese —precisamente— el hecho de haberse «rebelado contra la primera autoridad del Archipiélago»¹⁷.

LA FUSION CON LA LOGIA LEALTAD

La logia *Revolución* tuvo una existencia breve, pues en 1890 se fusionaba con la barcelonesa *Lealtad*, en el momento que ésta última pasaba a convertirse en el centro de operaciones del Gran Oriente Español en Cataluña.

Las razones de esa fusión no hay que buscarlas en persecuciones especiales (aunque pudo haberlas) o en falta de actividad; ocurrió que los promotores de la logia decidieron trasladarse a Madrid, cosa que también hizo «*La Solidaridad*», a finales de 1889, pues estaba claro que al contar en la capital con un gran protector y aliado como Morayta, los trabajos en pro de la causa filipina serían más efectivos.

16. «*La Solidaridad*», I, n.º 6, Barcelona, 30 de abril de 1889, pp. 57-58. Junoy fue iniciado en Madrid en 1892.

17. «*La Publicidad*», 26 de enero de 1889. La intransigencia y reaccionarismo de los frailes llegó en muchos casos a enfrentamientos con las autoridades civiles y militares del Archipiélago.

Abandonada la logia por sus miembros más emprendedores, entró en un decaimiento rápido, hasta que el 28 de junio de 1890 pasaba a ser absorbida por la *Lealtad*¹⁸.

En cuanto al tema de las persecuciones, podría apuntarse la posibilidad de que la policía hubiese estado investigando las actividades de algunos componentes de la *Revolución*, pues en diciembre de 1889 la prensa de Madrid y Barcelona se hacía eco de la denuncia puesta a Mariano Ponce por poseer folletos sin pie de imprenta.

Entre sus papeles personales la policía encontró uno titulado «por teléfono», donde se atacaba a los frailes de Filipinas, así como una poesía tagala en la que —según «*La Solidaridad*»—, «con tiernas palabras y claros conceptos responde la madre España a los suspiros de su hija Filipinas»¹⁹.

Como era de esperar, la prensa clerical de Barcelona dio la noticia de que en esta ciudad se había descubierto un «centro de conspiración para la independencia de Filipinas», de manera que la alarma llegó hasta el Congreso.

Debe anotarse, pero, que Ponce era suficientemente conocido en los medios antimasonicos, en los cuales no había pasado por alto que el seudónimo con que firmaba sus artículos en «*La Solidaridad*» (que era su simbólico masonico) era *Kalipulako*, nombre del caudillo de la tribu que, en 1521 dio muerte a Magallanes...

Por su lado, la prensa liberal de Madrid («*El Globo*», «*El País*», «*El Liberal*»...) y Barcelona, especialmente «*La Publicidad*» y «*El Noticiero*» se unieron a la protesta que los núcleos filipinos de ambas ciudades hicieron, con el fin de denunciar las malévolas exageraciones y falsedades de la reacción clerical.

GRACIANO LOPEZ JAENA

Amigo y correligionario de M. H. del Pilar, estuvo siempre al frente de los grupos filipinos establecidos en la Metrópoli y de sus actividades. Fundador de la Logia *Revolución*, de la que fue su primer Venerable, hizo posible que ese taller desplegara en pocos meses una actividad y dinamismo superior a la mayoría de logias catalanas de sólida y dilatada implantación.

Vinculado a los círculos democrático-progresistas, dedicó también parte de su tiempo a pronunciar conferencias en esos medios, tratando siempre el problema filipino.

Jaena defendía la intervención de la masonería en la política. En el

18. A. H. N. Salamanca, Sec. *Masonería*, Leg. 616 A, exp. 1, y también SÁNCHEZ FERRÉ, P. *La Lògia Lealtad. Un exemple de maçoneria catalana*, Barcelona, Ed. Alta Fulla, 1985, pp. 44-52.

19. «*La Solidaridad*», I, n.º 21, Madrid, 15 de diciembre de 1889.

banquete que la masonería barcelonesa celebró en 1890 en honor de S. Magalhaes Lima (Gran Maestro del G. O. Lusitano Unido), declaraba: «La masonería en estos tiempos tiene una misión grande que cumplir. ¿Por qué no decir que ha de ser política? Sí, debe serlo, pero sobreponiéndose a la política de bastidores que tanto nos corrompe»²⁰.

En marzo del año anterior pronunció un discurso en el Ateneo Barcelonés, con el título de «Filipinas en la Exposición Universal de Barcelona», en el que aprovechó la ocasión para dar a conocer a la burguesía catalana la situación en que se encontraba dicha colonia y sus ideas al respecto:

(...) «¡Españoles! Hora es ya de mirar por nuestras desgraciadas Filipinas, de liberarlas del monaquismo opresor dominante en sus pueblos».

«Cambiemos de sistema colonizador (...); Japón no ha necesitado de monjes para ilustrarse y para regirse constitucionalmente... Inglaterra, Holanda, Portugal, Francia estableciendo los principios modernos de Gobierno en sus posesiones, con la libertad de conciencia, con la libertad de imprenta, con la libertad de comercio, conservan mejor el orden, la paz, la prosperidad en sus colonias que todos los frailes del mundo.»

«No, no está vinculada en el fraile la nacionalidad española (...); denunciar los abusos de aquél, no es atacar a España, no.»

En otro momento de su parlamento, Jaena hacía una llamada a los industriales y comerciantes del país en estos términos:

«¡Catalanes! Invertid en Filipinas, allí hay algodón y un vasto mercado donde dar salida a vuestros productos...»²¹

Jaena había sido también fundador de «*La Solidaridad*» y primer director de la revista, además de crear y dirigir la Asociación Mutua de Filipinos de Barcelona.

Su carrera masónica había sido fulminante: en abril de 1889 ostentaba el grado 9.º, siete meses después era grado 32.º. De estos rápidos ascensos (desde luego nada ortodoxos) opinaba Jaena que tenía pleno derecho a ellos, dado el éxito de los trabajos que había realizado en pro de la Orden. Así lo manifestaba al propio Morayta (al que califica de «distinguido amigo»), en una plancha fechada el 2 de julio de 1889. En ella recuerda Jaena los excelentes resultados de las actividades masónicas de la *Revolución*, así como el prestigio que gracias a esta logia estaba adquiriendo la obediencia dirigida por Morayta, añadiendo lo que sigue:

20. En el banquete, que se celebró en el restaurant Continental de Barcelona, asistió la masonería en pleno, además de representantes de la prensa de esa ciudad y Madrid. Vid. «*La Publicidad*», Barcelona, 3 de octubre de 1890, p. 2. En el homenaje que las logias rindieron a Morayta a raíz de uno de sus viajes a Barcelona (abril de 1889), López Jaena emplazó al Gobierno para que emprendiese «reformas liberales en Filipinas. Vid. «*La Solidaridad*», I, n.º 6, Barcelona, 30 de abril de 1889, p. 68.

21. «*La Solidaridad*», I, n.º 2, Barcelona, 28 de febrero de 1889, pp. 1-8.

«En vista pues de todo esto me parece que puede Ud. muy bien otorgarme el grado 30.º sin yo ir a pedirlo como una gracia»²².

LA PRENSA CLERICAL Y LA LITERATURA COMLOTISTA

Filipinas representaba para la Iglesia la supervivencia de la «Edad de Oro» de su poder: era una imagen del Antiguo Régimen, cuando aún no había sufrido las primeras derrotas en manos de los ilustrados europeos. Era necesario conservar esa isla cristiana en un mundo cada vez más hostil a la Iglesia tradicional, en la que las órdenes, queriendo emular su papel civilizador medieval, no consiguieron más que una parodia de aquel mundo pasado. Los argumentos que los regulares esgrimían se apoyaban en los siguientes puntos:

En Filipinas nunca hubo esclavitud, mientras en Cuba sí. Gracias a los frailes, España controlaba con más eficacia y menos gastos un vasto territorio con 8 millones de habitantes. Antes de penetrar la «nefasta influencia del liberalismo y las sectas (que fechaban en el Sexenio), en Filipinas no había desórdenes, robos ni sublevaciones.

El fraile enseñaba al indígena a amar y respetar a España y a las autoridades coloniales, pero manteniéndolo apartado de los vicios, la degradación y el caos social del mundo moderno. Por ese motivo no era conveniente que los naturales aprendieran el castellano ni se mezclaran con la colonia española de comerciantes, funcionarios y militares²³.

Huelga decir que esa concepción medievalista e ilustrada (el buen salvaje, etc...) tenía su eje en el clero regular. Las acusaciones de Rizal en su «Noli me tangere» eran ciertas: el fraile era, incluso, el intérprete del indígena ante las autoridades y funcionarios españoles, la mayoría de los cuales no entendía el tagalo.

Para la Iglesia y su ultraderecha política el separatismo filipino se caracterizaba por:

Suponer la existencia de una civilización tagala anterior a la dominación española.

Ser partidario de las civilizaciones orientales y refractario a la occidental²⁴.

22. A. H. N. Salamanca, Sec. *Masonería*, Leg. 277 A.

23. El clerical «*La Veu del Montserrat*» ya afirmaba, en 1897, que la acción de las órdenes religiosas es «mucho más importante de lo que parece, pues la fe ardiente y pura, por ellas mantenida, es la mejor garantía para la conservación del espíritu nacional, lo cual puede comprobarse magníficamente en las islas Filipinas, donde se han conservado los frailes» (en catalán en el original), «*La Veu del Montserrat*», II, n.º 36, Vic, 18 de octubre de 1879, pp. 141-142. Véase sobre el tema la obra de Luis Morote, *Los frailes en España*, Madrid, 1904.

24. La presencia y proximidad de China, así como el hecho de que Hong Kong fuera una de las bases más importantes de los independentistas, y el Japón se señalase como modelo de modernización asiática, alimentaron el temor y rechazo de todo signo de orientalización en Filipinas.

Militar en partidos «ultrademocráticos» en España, y especialmente en el republicano.

Combatir las órdenes religiosas con excepción de la Compañía de Jesús²⁵.

Defender el asimilismo en política colonial.

Pertenecer a la masonería²⁶.

Como mínimo desde 1889, la Iglesia venía pronosticando que si los gobiernos insistían en hacer reformas liberalizadoras las Filipinas se perderían²⁷. Desde el campo opuesto, y por razones también opuestas, se sentenciaba que el Archipiélago estaba en peligro. Demócrata-progresistas, federales y masones, entre otros, pronosticaban que la colonia se perdería si no se emprendían reformas.

Lejos de replantearse su papel en las posesiones asiáticas, la Iglesia española –ignorante del sentido de la Historia y tercamente encerrada en un arcaísmo creciente– nadó una vez más contracorriente y una vez más perdió la batalla.

En el otro bando, «*La Solidaridad*» seguía insistiendo que si se identificaba «los intereses de la bandera con (...) los de los conventos, un levantamiento que el país lleve a cabo contra los frailes, puede ser trascendental a España, por esa infeliz e imprudente identificación de intereses contradictorios, provocada por los gobiernos de Madrid y Manila»²⁸.

En ese mismo número, Rizal (nada sospechoso de separatismo) pedía al Gobierno, en un extenso artículo, representación parlamentaria, libertades, reformas escolares en sentido laico y enseñanza obligatoria del castellano, añadiendo finalmente:

«En Filipinas todavía no hay filibusterismo, pero lo habrá... ¿Qué más filibusterismo que el de la desesperación?»²⁹.

25. Véase lo que afirmaba al respecto el quincenario del núcleo filipino: «Los PP. de la Compañía de Jesús no toman parte activa en esta campaña (contra Rizal, la masonería, etc.), y por su parte trata de mejorar el desarrollo pedagógico del país estableciendo en la Escuela Normal una academia de Profesores que en el día de mañana ensanchará el horizonte del profesorado». «*La Solidaridad*», I, n.º 7, Barcelona, 15 de mayo de 1889, p. 74. Según la prensa adicta a la causa monacal, esa política no tenía otro objetivo que «hacer a los jesuitas aún más odiosos» (!)

26. He aquí algunas muestras de esa mentalidad arcaizante: el padre F. Foradada afirmaba, hablando de Filipinas, que «Dios jamás perdona el delito horrendo de los que se sublevan contra sus legítimos soberanos» (*La Soberanía de España en Filipinas*, Barcelona, 1897, p. 176). «*El Eco Franciscano*» atribuía al extranjero una categoría socio-política: «Es el extranjero, que nos quiere sujetar a su dura coyunda» («*El Eco Franciscano*», XV, Santiago de Compostela, octubre de 1896, pp. 331-332). El 8 de mayo de 1898, delante de la inminente debacle colonial, el obispo de Salamanca tronaba: «¡Fuera los masones traidores a sus conciencias y a la Patria! (...). La Iglesia no ha faltado jamás al Estado...»: («*La Defensa*», XII, n.º 20, Vilanova i Geltrú, 21 de mayo de 1898, p. 153. Más adelante añadía el exaltado obispo: «Terrible y elocuentísima reprimenda a Moret y á todos los gobiernos de la Restauración...»

27. Las Filipinas se pierden, «*La Defensa*», II, n.º 6, Vilanova i Geltrú, 9 de febrero de 1889, pp. 63-65.

28. «*La Solidaridad*», I, n.º 8, Barcelona, 31 de mayo de 1889, p. 83.

29. *Ibidem*, pp. 84-85. Rizal fue presentado por la literatura complotista como una víctima de las

EL ORIGEN DE LA CRISIS FINISECULAR DE LA MASONERÍA ESPAÑOLA

El año 1896 supone el punto culminante de la actividad masónica en el ámbito colonial, pues una vez estallado el conflicto bélico los ánimos se exaltaron y los partidarios de métodos duros desbancaron a los moderados, naturalmente más inclinados al diálogo y las soluciones de compromiso.

Mientras no llegó ese momento, las logias del Archipiélago, dirigidas desde Madrid por M. H. del Pilar, estuvieron embarcadas en una persistente campaña en pro de los ideales democráticos, definidos en el llamado programa de Mabini, basado en demandas como la supresión de la Guardia Civil, la representación en Cortes, gobierno civil en lugar de militar y la expulsión de los frailes.

A pesar de las esporádicas persecuciones y los problemas internos, bastantes talleres subsistieron hasta 1896. Pero la situación cambió radicalmente cuando el 21 de agosto el Gobernador General Blanco (a quien el ultramontanismo acusaba de ser masón) notificaba telegráficamente a Madrid que «...se había descubierto una vasta organización de sociedades secretas con tendencias anti-nacionales» y se habían detenido 22 personas, entre ellas «al Gran Oriente de Filipinas».

En segundo telegrama, fechado el 29, se notificaba:

«Consecuencia haberse descubierto conspiración, lanzáronse prematuramente campo grupos armados más mil hombres» (...). Los sublevados son indios tagalos fanatizados por las sociedades secretas»³⁰.

Aunque el Katipunan era, en todo caso, el carbonarismo trasplantado a Filipinas, pero no masonería, la prensa conservadora y clerical había insistido, desde la creación de aquél, que ambos no eran más que dos cuerpos con una misma cabeza. Consolidada la sublevación tagala, el general Blanco fue sustituido por Polavieja (1896), partidario de usar métodos más expeditivos. El nuevo clima de persecuciones afectó tanto al Archipiélago como a la Península.

El 21 de agosto el Gobernador de Madrid en persona, acompañado de la Policía, se presentó en los locales del Gran Oriente Español, de la calle Petril de los Consejos (donde también tenía su sede la Asociación Hispano Filipina), confiscando toda la documentación que allí se encontraba. Una hora más tarde la policía se personaba en los domicilios de varios dirigentes de esa obediencia: J. Vie, V. Zapatero, J. Moreira, V. Gallego y también en el de Morayta, procediendo a incautar la documen-

sociedades secretas, en particular de la masonería. García Barzanallana, Creus y Corominas y otros, pusieron especial énfasis en demostrar a sus lectores que el autor de «Noli me Tangere» (al igual que M. H. del Pilar) murieron abrazando la fe católica. De hecho, tal conversión nunca existió porque jamás dejaron de ser creyentes.

30. Referido por Mauricio, *La Gran Traición*, Barcelona, 1899, p. 74.

tación que encontraron. Al día siguiente eran detenidos el filipino T. Aréjola (secretario de Morayta) y tres masones más, excepto a Morayta, que casualmente estaba veraneando en un pueblo del Pirineo francés...³¹

La misma suerte corrió el Gran Oriente Nacional de España de J. M.^a Pantoja y E. Caballero de Puga, que también fueron detenidos, su sede clausurada y los archivos incautados³².

Debe señalarse, pero, que el clima de represión social generalizada que comenzó casi simultáneamente a la insurrección filipina no afectó sólo a la masonería.

Oportunamente (es difícil no pensar en una provocación) una bomba Orsini explosionaba en Barcelona en medio de la procesión de Corpus, causando 16 muertos, ninguno entre las autoridades que la encabezaban. Esa fue la coartada que permitió al Gobierno conservador de Cánovas promulgar la llamada ley de represión del anarquismo y el encarcelamiento de gran número de obreros e intelectuales de izquierda, y también algún líder filipino, como Isabelo de los Reyes³³.

En cuanto a Morayta, inmediatamente hizo insertar en la prensa de Madrid y Barcelona una nota en la que se afirmaba textualmente que el Gran Oriente Español «jamás hizo política en Filipinas»³⁴. El Gran Maestre, antiguo defensor del asimilismo y miembro de la Junta Central de Unión Republicana, continuaba declarando que más de una vez se había enfrentado a los federales e incluso a algún monárquico, partidarios de la autonomía de las colonias y que sólo accedió a pactar con los federales de Vallés y Ribot una vez que éstos hicieron «claras manifestaciones de patriotismo» y de rechazo del separatismo.

En cuanto a la Asociación Hispana Filipina, Morayta (que era su Presidente) esgrimió sus estatutos para demostrar que era «eminente-mente nacional» y que no tenía carácter político, siendo su lema «Refor-

31. «Boletín Oficial del G.O.E.», VIII, n.º 114, Madrid, 20 de septiembre de 1896, pp. 201-203. En junio de 1899, desde su tribuna de diputado, Morayta continuaba afirmando: «Los masones filipinos jamás han sido filibusteros» (...). «Abandoné España para evitar la persecución de la policía» (...). «Las Asociaciones masónicas que funcionaban en el Archipiélago (...), las componían diferentes elementos: había en ellas carlistas, monárquicos, republicanos y hasta un representante del clero.» Reproducido por «La Publicidad», Barcelona, 11 de junio de 1899, p. 2.

32. La sede del G.O. Nacional de Pantoja estaba en la calle de la Libertad, n.º 27 de Madrid. Poco después del incidente ambos fueron puestos en libertad, al igual que los detenidos pertenecientes al Gran Oriente Español. J. M.^a Pantoja abandonó para siempre las actividades masónicas, así como Caballero de Puga.

33. «La Defensa», del 4 de julio de aquel año (n.º 27, p. 215) afirmaba acerca de las bombas: «Bombas de dinamita que pulveriza la fe es la enseñanza atea (...), es la prensa desenfrenada (...), es la libertad de pensamiento (...), es la tolerancia con los falsos cultos...», etc., etc., I. De los Reyes fue acusado de colaborar con los insurrectos y encerrado en Montjuic (era la tercera vez que lo detenían). Por esa razón, Fernando Blumentritt, etnólogo y colaborador de «La Solidaridad», desde su residencia en Austria, escribió una vez más a Víctor Balaguer (a quien enviaba la revista) pidiéndole que De los Reyes fuese liberado, puesto que no era «separatista» sino asimilista. Balaguer le contestó que su libertad dependía de la pacificación de Filipinas (5-XII-1897). Archivo V. Balaguer, Vilanova i Geltrú, Corresp., 416-70. I. De los Reyes era miembro de la Imperial y Real Sociedad Geográfica de Viena.

34. «Boletín Oficial del G.O.E.», VIII, n.º 114, Madrid, 20 de septiembre de 1896, p. 203.

mas para Filipinas»³⁵. Argumentando su benéfica influencia, afirmaba que esta asociación no olvidaría jamás «la cariñosa acogida que siempre encontró y muy especialmente en los Sres. Balaguer, Becerra, Fabié y Maura, algunos de los cuales la honraron, traduciendo en decretos varias de sus solicitudes»³⁶.

Ni los argumentos de Morayta eran irrefutables ni la derecha estaba dispuesta a hacer distinguos. El 16 de octubre, el «*Diario de Barcelona*» reproducía un artículo aparecido en la prensa madrileña bajo el título de «Negocio en quiebra», en el que se preguntaba: «¿Son inocentes? ¿son culpables los dos jefes de la masonería detenidos (...) en la cárcel de Madrid?» (refiriéndose a Pantoja y Caballero de Puga). Después de varias consideraciones en tono irónico, continúa en estos términos: «De pronto el diablo tira de la manta; los masones filipinos arrojan la careta y en cada masón se denuncia un filibustero más o menos consciente... La industria ha dado fin.

«Qué es esto? ¡Oh, gran arquitecto! –exclamarán los maestros y venerables indignados. (...). No es nada, príncipes y caballeros: lo que ahora os acontece es una quiebra de oficio.

«Y es que la Providencia ha dispuesto las cosas de modo que lleguéis a saber, harto a vuestra costa, como el dinero de los masones filipinos huele moralmente a traición y materialmente a sangre»³⁷.

¿Podemos creer que, efectivamente, la masonería española y el propio Morayta habían sido engañados a lo largo de 8 ó más años? Podría apuntarse que, sirviendo cada grupo sus propios intereses, unos habrían iniciado y alimentado la farsa y los otros la habrían consentido. Y como unos aspiraban a expulsar a los frailes y los otros a los españoles, ambos se habrían comportado como compañeros de viaje naturales, por lo menos en una primera etapa. Pero llegado el momento de la radicalización, y por tanto de las definiciones claras, los compañeros de viaje habrían dejado de serlo. Disponemos de bastantes ejemplos en nuestra historia contemporánea.

Por nuestra parte, creemos que el Gran Maestre Morayta era sincero en sus declaraciones. Veamos, por ejemplo, el documento que éste envió al Gran Oriente de Holanda el 26 de mayo 1900 solicitando los buenos oficios del mundialmente prestigioso masón J. Bondervijnse, con el fin de procurar que terminase la guerra de ocupación que los U.S.A. estaban llevando a cabo en Filipinas. Entre las diferentes consideraciones hechas por Morayta, queremos resaltar las siguientes: (en inglés en el original), «...mi deseo hubiera sido ver unas Filipinas sin frailes, sin fanatismo (...), pero *siempre* (subrayado en el texto) española».

35. *Ibidem*, p. 204.

36. *Ibidem*, p. 206.

37. «*Diario de Barcelona*», Barcelona, 16 de octubre de 1896, p. 122-28.

Después de acusar a los U.S.A. de convertir el Archipiélago «en otra colonia» y dado que la unión con España había sido «desgraciadamente rota», exige que se haga un plebiscito, de acuerdo con la tradición democrática americana, con el fin de que los filipinos decidan libremente su propio destino³⁸.

Creemos que la posición de Morayta era clara, aunque también es cierto que tanto él como muchos de los hombres embarcados en la aventura antimonástica filipina eran muy conscientes del peligro que corría la masonería española³⁹.

La derecha cerril nunca perdonaría a Morayta su «traición a la Patria». En 1899, perdidas ya las colonias, la reacción política representada en el Parlamento se empleó a fondo con el fin de impedir que Morayta ocupase el escaño ganado en representación de los republicanos de Valencia, cosa que no lograron gracias a que un amplio espectro político apoyó su derecho a ocuparlo⁴⁰.

De nuevo en 1904 el tema de la influencia masónica en la independencia de Filipinas salió a colación en las Cortes. En las sesiones de los días 26, 29 y 3 de enero-febrero, siendo Presidente del Consejo A. Maura, el Congreso se ocupó de discutir la polémica (e inoportuna) propuesta hecha por el Ministro de Gracia y Justicia, Sánchez Toca, de nombrar obispo de Valencia al fraile dominico Bernardino Nozaleda y Villa.

Los sectores anticlericales acusaban al ex-arzobispo de Manila de dar prioridad a los intereses de Roma en detrimento de los de España, a raíz del polémico papel que Nozaleda jugó durante su permanencia en Manila después de ser ocupado por los yanquis⁴¹.

En la sesión parlamentaria del día 3, Maura acusó al diputado Morayta de haber estado cabal o inconscientemente comprometido con los insurrectos filipinos: (...). «De modo que según el Sr. Morayta la masonería (...) no había tenido conexión ninguna con la insurrección ni con la organización que había causado la sublevación de los tagalos.»

38. Archivo del Gran Oriente de Holanda, La Haya, Sec. Spanje, doc. n.º 1.01. Por otra parte, el 11 de febrero de 1898, Mariano Ponce escribía a Morayta desde Hong Kong (...): «La masonería demostró claramente su ninguna participación en los trabajos revolucionarios y de esto puedo mandarles datos documentados. La Liga no tenía carácter separatista... Sólo tendía a popularizar las ideas democráticas y de progreso...» Ponce, M., *Cartas sobre la Revolución. 1897-1900*, compilados y publicados bajo la dirección de T. M. Kalaw, Public. de la Bib. Nac. de Filipinas, n.º 9, Manila, 1932, pp. 106-108.

39. Era de dominio público que Morayta mantenía relaciones muy estrechas con sus amigos y protegidos filipinos. Así, el clerical «*Diario Catalán*» publicaba en febrero de 1899 una Súplica al Sr. Morayta en la que le rogaba que utilizase su influencia entre los «elementos democráticos» de Filipinas en favor de los prisioneros españoles. «*Diario Catalán*», Barcelona, 20 de febrero de 1899.

40. Para el seguimiento del conflicto suscitado en las Cortes, véase «*La Publicidad*» de los días 11 al 17 de junio de 1899.

41. La prensa española anduvo muy ocupada en la llamada cuestión Nozaleda. En cuanto a la prensa masónica, el Boletín Oficial de la Catalano Balear aseguraba que las Filipinas se perdieron por culpa de los frailes, al tiempo que atacaba a Nozaleda con la dureza que le era habitual. *Nozaleda y los frailes en España*, «*Boletín Oficial de la Gran Logia Simbólica Regional Catalano Balear*», IV, n.º 32, Barcelona, enero de 1904, pp. 3 y 4.

«Pero, Sr. Morayta, aquí tengo tres folletos escritos por D. Isabelo de los Reyes: uno se titula *La revolución filipina*; el otro *Independencia y revolución en Filipinas*, y el otro *La religión del Katipunan*. El primero de estos folletos lleva un prólogo encomiástico del Sr. Morayta»⁴².

Al referirse a la Hispano Filipina, el jefe del Gobierno se dirige nuevamente a Morayta: «...lo dice en letras muy grandes (...), la Asociación Hispano Filipina que S.S. formó aquí era eminentemente nacional y no tenía fines políticos; ¡claro! como que dos renglones más abajo dice que su lema es *reformas para Filipinas...*» (subrayado en el texto)⁴³.

Para acabar de confundir y mistificar la realidad histórica, y mientras Morayta quitaba hierro a la cuestión, procurando dejar claro que nunca había sido partidario de la independencia de Filipinas, Eugenio Laban, (Gran Maestre de la Catalano Balear), atacando a Nozaleda afirmaba lo de siempre: «...todos los acontecimientos sucedidos en ambos hemisferios que han tendido a la liberación de los pueblos (...) librándole de las guerras del jesuitismo y de las Congregaciones religiosas (...), todos los tronos derrumbados (...) en fin, todos los hechos que han marcado la marcha progresiva de la Humanidad (...) son debidos a la Masonería...»⁴⁴.

En cuanto a la sociedad catalana, ante la evidencia de que Cuba y Filipinas se perdían irremisiblemente, la clase política y la prensa (a excepción de la clerical) no dieron muestras de excesiva desesperación patriótica⁴⁵. En todo caso, lo que en realidad preocupaba era en qué se invertirían los capitales repatriados y qué soluciones se darían para dar salida a la producción nacional.

Referente a la situación creada a raíz de la repatriación de los frailes del Archipiélago, las voces interesadas en el problema pronto sugirieron un nuevo emplazamiento: el territorio marroquí.

A finales de 1898, «*El Eco Franciscano*» afirmaba, comentando la obra *Apostolado Seráfico en Marruecos*: «Señores políticos y cuantos de algún modo manipuláis en el Estado, no olvidéis que los romanos nos enseñaron a considerar el Atlas como frontera natural de nuestra patria»⁴⁶.

42. Las actas de las sesiones dedicadas a la cuestión Nozaleda fueron parcialmente editadas a cargo de la mayoría del Congreso y profusamente distribuidas: *La cuestión Nozaleda ante las Cortes. Discurso del Excmo. Sr. D. A. Maura. Presidente del Consejo de Ministros*, Madrid, 1904.

43. *Ibidem*, pp. 74-76. Las palabras de Maura provocaron la vehemente reacción de los diputados Lletget, Junoy y del propio Morayta, siendo ahogadas sus protestas por la mayoría de la Cámara.

44. La Masonería en el Congreso, «*Boletín Oficial de la G. L. S. R. Catalano Balear*», IV, n.º 32, Barcelona, enero de 1904, p. 7. Firma el artículo E. Laban. Poco tiempo después la masonería ya reivindicaba la autoría de la independencia filipina, o por lo menos haber colaborado decisivamente. Una vez más, una acusación era cambiada de signo y convertida por la Orden en una reivindicación.

45. El «*Diario Catalán*», del 29 de febrero de 1899 (1.ª pág.) se quejaba de que ni la prensa liberal ni la izquierda tenía una palabra de compasión para los frailes de Filipinas (que califica de héroes) por repatriar. Si fuesen «anarquistas o masones acusados de repartir proclamas filibusteras» -afirmaba- entonces sí que «*El Progreso*», «*Las Dominicales*» o «*El Diluvio*» «haguessin posat el crit al cel...»

46. «*El Eco Franciscano*», XV, n.º 53, Santiago de Compostela, pp. 412-413.

En 1906, el mismo Joaquín Costa afirmaba en las páginas de la revista *«España en Africa»* que «los intereses de España en Marruecos son armónicos»⁴⁷.

Diremos, para acabar, que aún en febrero de 1898, los filipinos de la Península continuaban insistiendo en los mismos puntos de diez años antes. En el manifiesto que hicieron público en Madrid, ahora bajo el nombre de «Colonia Filipina Reformista», seguían reivindicando para el Archipiélago la aplicación de la Constitución de 1876, la secularización de la enseñanza, enseñanza del castellano junto con el tagalo, expulsión de las órdenes monásticas, secularización de los curatos, disolución de la Guardia Civil, etc., a lo que añadían la creación de un ejército filipino, así como otras medidas tendentes a aplicar en aquella posesión un modelo de colonialismo que jamás hubiera sido posible, porque se encontraba demasiado alejado del marco general y de las estructuras básicas que conformaron el Estado de la Restauración.

47. COSTA, Joaquín, Suplemento n.º 9 a la revista *«España en Africa»*, Madrid-Barcelona, 15 de enero de 1906.